

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

*María es un portento
de la gracia,*

*creada por la mano del Inmenso,
que muestra su esplendor lleno de dones
al mirar compasivo mi destierro.*

*María es un misterio que arrebató
a quien trasciende sobre lo terreno
y penetra, con luz del Infinito,
el fruto portentoso de su seno.*

*Es arrullo de Dios mi Madre buena,
jardín claustral de inéditos unguentos,
perfume que penetra y embellece
la inmensa inmensidad del Universo.*

*Es recreo de Dios cuando se asoma
desde su Eternidad en luz del Cielo,
porque encuentra su gozo en sus entrañas,
en el silencio oculto de su pecho.*

*Es María sencilla cual paloma,
que esconde, en el arrullo de su vuelo,
a aquel Sancta Sanctorum del Dios vivo,
que no cabe en la bóveda del Cielo.*

*¡Misterio de misterios es María!,
¡milagro de milagros del Inmenso!*



LIBRERIA EDITRICE VATICANA

13-12-1974

**MARÍA
ES UN PORTENTO
DE LA GRACIA**

2ª EDICIÓN

CON LICENCIA ECLESIAÍSTICA

Separata de los libros: "LA IGLESIA Y SU MISTERIO",
"FRUTOS DE ORACIÓN",
"VIVENCIAS DEL ALMA" y
"EL ECO DE LA IGLESIA" (inédito)

1ª Edición: abril 2000

© 2000 LIBRERIA EDITRICE VATICANA

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006	ROMA - 00149
C/ Velázquez, 88	Via Vigna due Torri, 90
Tel. +34 91 435 4145	Tel. +39 06 551 4644

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org
<http://www.laobradelaiglesia.org>

ISBN: 88-209-2957-0

Depósito legal: M. 27.270-2000

¡Oh majestad soberana del Inmenso Poder...!
¡Realidad pletórica de exuberante plenitud...!
¡Llenura infinita en posesión del Ser...!
¡Magnitud subyugante de la Eterna Emanación,
que, en hálito de vida, surge del seno fecundo
del fecundo Padre en incontenible Palabra de
explicativa perfección...!

¿Cómo podrá la lengua humana decir algo
del infinito Ser en su ser, en el modo coeterno
de serse cuanto es y en la posesión abarcada de
su pletórica perfección...?

¡Oh llenuras incontenibles de inagotables
manantiales en fluyentes infinitas de Divini-
dad...! ¡Oh teclares de inéditos conciertos, en
melodías de dulces conversaciones dentro de la
profundidad coeterna del Inmenso Poder...! ¡Oh
poderío potente, que te hace tener en ti, mi
Infinito Ser, la potencia potencial de podértelo
ser todo, por la fuerza poderosa de tu inagota-
ble poder...!

Yo necesito descifrar, de algún modo, algo de lo que tengo inscrito en mi pobre entendimiento con relación al que Se Es, en su ser y en su obrar sobre el alma de Nuestra Señora toda Blanca de la Encarnación. Pero ¿cómo expresar al Ser por medio de modos y maneras que no son adaptables al modo infinito del Serse en su ser? ¡Y no sólo al Ser en su serse, sino, ni aun siquiera, en su actuar hacia fuera en derramamiento de misericordia y amor...!

El obrar de Dios es tan perfecto como Él mismo; por lo que la manifestación de su esplendor hace trascender al alma que la saborea hasta el mismo pecho del Altísimo, donde bebe a raudales en los chorros sapientales de su inexhaustiva sabiduría; sabiduría que, en la donación esplendorosa de su poder, se dice a los hombres, a través de Nuestra Señora, con corazón de Madre y amor de Espíritu Santo.

María es un portento del poder de Dios. La Virgen es intrínsecamente 'Nuestra Señora de la Encarnación', pues para la Encarnación Dios la creó, haciendo de Ella un prodigio de la gracia en manifestación radiante del Omnipotente.

Cuando el Ser infinito determinó, en un derramamiento de misericordia, darse al hom-

bre, en ese mismo instante sin tiempo de la Eternidad, concibió a María, en su sabiduría eterna, para la realización del misterio de la Encarnación, incorporándola a la donación de su amor en manifestación de la esplendor de su gloria.

Todas las criaturas son, en el pensamiento de Dios, realización de su plan dentro del concierto armonioso de la creación; siendo cada una de ellas una nota vibrante que, unida a todas las demás, expresa, de alguna manera, el Concierto sonoro de las eternas perfecciones que Dios se es de por sí, en su única y simplicísima perfección; perfección que es cantada por el Verbo en infinitud por infinitudes de melodías de ser.

¡Qué concierto, el de la Eternidad, de inéditas canciones en una sola Voz, salida de las entrañas engendradoras del Padre, con el arrullo amorosamente consustancial del Espíritu Santo en Beso de Amor...! Y María es, en todo su ser, la *creación-Madre*, que expresa, en delectable silencio, el concierto infinito de Dios en el romance amoroso de su ser eterno para con el hombre.

¡Oh si mi alma pudiera hoy romper en expresión con el Verbo, y plasmar de alguna manera la riqueza inefable del alma de Nuestra Señora toda Blanca de la Encarnación...! ¡Si yo pudiera ser Verbo, aunque fuera un instante, que expresara, en mi decir, el pensamiento del Padre

volcándose en donación sobre Nuestra Señora, en comunicación de todos sus infinitos atributos...! ¡Si yo pudiera descifrar el arrullo amoroso del Espíritu Santo en recreo de Esposo sobre la Virgen Blanca...!

¡Pero no sé! Y mi lengua profana el misterio silente que, en adoración, intuyo y penetro junto al *Sanctasanctorum* de la virginidad de María, en el instante-instante de realizarse en Ella, por Ella y a través de Ella, la donación infinita del Infinito Ser, en misericordia sobre el hombre.

Todos los atributos divinos Dios se los es en sí, por sí y para sí; pero hay uno en la perfección del Ser Increado, que, a pesar de sérselo Dios en sí y por sí, no lo es para sí, y es el atributo de la misericordia; ya que éste es el derramamiento del Poder Infinito en manifestación amorosa sobre la miseria.

Dios no puede ser para sí misericordia, porque la misericordia implica derramamiento de amor sobre la miseria; por lo que la misericordia surgió en el seno del Eterno Serse el día que la criatura, creada para poseerle, le dijo: “No te serviré”. Y ya Dios se es Misericordia, porque el Amor Infinito se dio al hombre en la esplendor magnífica de su desbordamiento.

Y es por María y en Ella por quien la Misericordia, en Beso de amor, coge a la criatura hundida en su miseria, para meterla en su pe-

cho y besarla con el amor infinito del Espíritu Santo.

¡Bendita culpa que hizo que Dios se diera tan magníficamente hacia fuera, que se derramó sobre el hombre en un nuevo atributo para manifestación de su gloria, en el desbordamiento de las tres divinas Personas con corazón compasivo de Padre!

Y a María, que es el medio por donde la Misericordia divina se nos da, se le podía de alguna manera llamar: Manifestación de esa misma Misericordia y donación de ella con corazón de Madre y amor de Espíritu Santo.

Mi alma, acostumbrada a vivir los misterios de Dios en sabiduría sabrosa de profunda penetración, en amor candente de Espíritu Santo, se siente hoy como imposibilitada para expresar, sin profanarla con mis rudas y toscas palabras, la delicadez sagrada del portento que es Nuestra Señora toda Blanca de la Encarnación.

Parece que el arrullo misterioso del Espíritu Santo, y el Beso sapiental de su Boca en penetración de sabiduría envolviendo a la Virgen, no me deja decir con palabras creadas el concierto infinito de amor y derramamiento con que Dios se obró, con la finura de su paso, en el alma de María.

Es tanta necesidad de adorar, de guardar silencio y contemplar atónita, que, robada por el respeto, siento miedo de expresar lo inexpressable, ante lo que concibo del derramamiento de las tres divinas Personas en el momento de la Encarnación, envolviendo con la brisa de su paso aquel misterio inefable de pletórica virginidad rompiendo en Maternidad Divina.

Está el Espíritu Santo envolviendo a María con los requiebros de amor del Esposo más enamorado, en comunicación de todos sus infinitos atributos. La está queriendo..., la está enjoyando..., la está hermozeando..., ¡tanto, tanto, tanto...!, que se está plasmando en Ella en Beso de amor y recreo de Esposo. ¡Tan secretamente...!, ¡tan maravillosamente...!, que, en ese instante-instante prefijado por Dios desde toda la Eternidad, el mismo Espíritu Santo va a besar a Nuestra Señora toda Virgen tan divinamente con un beso de fecundidad, que la va a hacer romper en Maternidad Divina. ¡Tan divina...!, que el Verbo del Padre, el Unigénito consustancial del Increado, va a llamar a la criatura en pleno derecho: ¡Madre mía...!, con la misma plenitud que la Virgen Blanca va a llamar: ¡Hijo mío...! al Unigénito del Padre, Encarnado.

¡Oh misterio de desbordante misericordia...! ¡Esplendidez de Dios que se manifiesta sobre la criatura...! ¡Infinita sabiduría sapiental del pensamiento de Dios, que es capaz de realizar lo

irrealizable, por el poder de su gloria, en manifestación de misericordia...!

¡Oh sapiencia del Padre, que, envolviendo el alma de Nuestra Señora, la saturaste tan pletóricamente de tu infinita sabiduría, ¡tanto...!, que, en la medida que fue Madre de tu Unigénito Hijo, en esa misma medida Tú la penetraste de tu luz, en el derramamiento de tu paternidad, para llamarla: ¡Hija mía...! Y así como el Hijo llamó a María: ¡Madre mía!, desde el instante de la Encarnación Dios obró en Ella un portento de gracia tan maravilloso, ¡tanto, tanto!, tan pletórico, que, en esa misma medida, aunque de distinta manera, fue Hija del Padre y Esposa del Espíritu Santo.

Porque, si fue Madre del Verbo infinito Encarnado, fue porque el Esposo divino, besando su virginidad, la hizo tan fecunda, que la hizo romper en Maternidad Divina. Pero, si el Beso del Espíritu Santo le dio a Nuestra Señora de la Encarnación tal fecundidad que la hizo Madre de Dios, fue porque la infinita sabiduría del Padre, en un desbordamiento de su amor eterno, la poseyó tanto, ¡tanto!, en penetración intuitiva de saboreo amoroso, que le dio su misma Mirada, y se la dio en la medida que el Verbo, por su filiación, fue Hijo de María y que el Espíritu Santo, por su Beso amoroso, la fecundizó haciéndola Madre del mismo Dios Encarnado.

Las tres divinas Personas, cuando se manifiestan hacia fuera, siempre obran de conjunto, cada una según su modo personal, pero en la donación amorosa de su única y eterna voluntad.

La voluntad del Padre es expresada por el Verbo, mediante el amor del Espíritu Santo, en el seno todo blanco de la Virgen, que rompe en Madre por el misterio de la Encarnación.

María es un portento de la gracia, tan inimaginable para nuestra mente, que sólo en la Eternidad seremos capaces de expresar su riqueza incalculable, adhiriéndonos a la canción del Verbo, por el impulso del Espíritu Santo y en la claridad de la luz del Padre.

Nunca podrá la lengua del hombre ni siquiera llegar a balbucear las riquezas insospechadas de la Madre de Dios, porque no es dado a la criatura sobre la tierra poderlas comprender, en la magnificencia esplendorosa de su plenitud.

La Maternidad Divina de María es tan grande como grande es su desposorio con el Espíritu Santo, Esposo de su fecunda virginidad, y como grande es su filiación con relación al Padre, en la penetración disfrutativa de su infinita sabiduría.

Y así como el Espíritu Santo, al besarla en el

arrullo de su amor, en la caricia de su brisa, en el abrazo de su poder y en la fecundidad de su Beso, la hizo amor de su infinito amor, en participación de su caridad en donación de Esposo, así el Verbo, al llamarla: ¡Madre!, la hizo tan *Palabra*, ¡tanto!, que la Virgen, como expresión de la realidad que era y que vivía por el poder de la gracia que sobre Ella se había derramado, pudo llamar a Dios: ¡Hijo mío! Dándosele el Padre Eterno en tal plenitud de sabiduría y con tal vivencia de los misterios divinos, que, ahondada en lo profundo de Dios, intuía desbordantemente en lo que el Ser se es en sí.

Y esto fue tan abundantemente comunicado a Nuestra Señora, que, como a hija muy amada y predilecta, el mismo Padre le dio como herencia, durante toda su vida, la penetración sabrosísima, en disfrute de intimidad y gozo, del misterio de su ser y de su obrar.

Adorante ante el misterio de la Encarnación y la actuación de las tres divinas Personas derramándose sobre María, cada una en su modo personal, y ante el conjunto armónico de este derramamiento que le hace poder llamar al Verbo ¡Hijo mío!, al mismo tiempo que le llama ¡Padre! a Dios y ¡Esposo mío! al Espíritu Santo, mi alma, trascendida y anonadada, pide al Padre que me penetre de su sabiduría para yo saber, en la medida del saboreo de mi pequeñez, algo del trascendente misterio de la Encarnación. Y pide al Espíritu Santo que,

uniéndome a Él, me deje besar con su amor infinito ese instante-instante en el cual el Verbo del Padre rompe en el seno de María como Palabra, en una expresión tan cariñosa, tan real, tan dulce y tan misericordiosa para con el hombre, que le dice: ¡Madre mía...!

¡Oh Verbo infinito!, déjame, en tu Palabra y contigo, decir: ¡Madre mía! a María; y llamar: ¡Padre Eterno, Padre mío! a Dios. Déjame que, con María, yo pueda llamar: ¡Mi Espíritu Santo! a mi Esposo infinito. Y que así, desde el seno de María y por Ella, anonadada bajo la pequeñez de mi miseria, –ya que me ha sido dado contemplar, en penetración adorante, el misterio de la Encarnación–, poder responder con Ella a la Infinita Santidad derramándose sobre mi Madre Inmaculada en Trinidad de Personas bajo la actuación personal de cada una de ellas.

¡Silencio...! Que está el Espíritu Santo besando el alma de Nuestra Señora toda Virgen tan divinamente..., tan fecundamente..., que le está haciendo romper en Maternidad Divina.

¡Silencio...! Que el Espíritu Santo, impulsado por la voluntad del Padre, en el momento prefijado en su plan eterno para realizar la Encarnación, está abriendo el seno del mismo Padre, en el impulso de su amor, para coger al Verbo y meterlo en el seno de Nuestra Señora.

¡Silencio...! Que está el Verbo rompiendo en Palabra de una manera tan maravillosa, ¡tanto...!, que, como Palabra infinita del Padre y en manifestación de su voluntad amorosa sobre el hombre, por el impulso del Espíritu Santo, va a pronunciarse en el derramamiento infinito de la eterna misericordia de Dios tan trascendentalmente, que va a romper llamando a la criatura, en derecho de propiedad: ¡Madre mía...!

Y como sobreabundancia de esta misma Palabra que el Verbo está pronunciando en el seno de María, va a quedar constituida la Señora –por la voluntad del Padre, el Beso infinito del Espíritu Santo y la Palabra del Verbo, en manifestación del querer de Dios– en: Madre universal de todos los hombres.

María, porque eres Madre de Dios Hijo, Hija de Dios Padre y Esposa del Espíritu Santo, en la medida sin medida que el portento de la gracia obró en ti, yo hoy, en pleno derecho, te llamo también: ¡Madre mía!

Yo te lo quiero decir en mi medida, uniéndome al Verbo con el máximo cariño que pueda para que te sepa a ternura de filiación en el impulso y el amor del Espíritu Santo; llenando así, en mi vida, la voluntad del Padre, que, al crearme, ya me concibió como hija tuya para, a través de tu Maternidad Divina, dárseme Él con el matiz, modo y estilo que quiere poner en tus hijos.

Nuestra Señora toda Blanca de la Encarnación, dame al Padre con corazón de Madre, adéntrame en su sabiduría y penétrame con su luz: ¡con ésa de la que Tú estabas tan maravillosamente poseída, que te hacía saber, en saberes de penetración disfrutativa, el misterio de Dios en sí y en el derramamiento de su misericordia hacia nosotros!

Dame, María, Virgen Blanca de la Encarnación, que, aunque no haya podido decirte ni expresarte en la apretura sapiental que tengo de tu misterio, sepa al menos con el Verbo llamarte: ¡Madre mía! con la ternura, el cariño y el amor con que mi alma se abraza en las llamas candentes del Espíritu Santo; cumpliendo la voluntad del Padre que, iluminando mi mente, me hizo capaz de saborear translimitadamente el misterio de misericordia y amor que, a través tuya y por ti, Él quiso derramar sobre el hombre con corazón de Madre, canción de Verbo y amor de Espíritu Santo.

María es un portento de la gracia, sólo conocido, gozado, disfrutado y saboreado por el *alma-Iglesia* que, trascendiendo las cosas de acá, es llevada por el Espíritu Santo al recóndito profundo del seno inmaculado de Nuestra Señora toda Blanca de la Encarnación.

6-4-1976

“EL ESPÍRITU SANTO VENDRÁ SOBRE TI...”

“El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que ha de nacer será Santo, y será llamado Hijo de Dios”.

“El Espíritu Santo vendrá sobre ti...” en el ímpetu de su fuerza, para posarse, como Esposo en su amada, en dulces ternuras de amor; para besarte, ¡oh Virgen Blanca!, con tiernos arrullos de caricia infinita, en la hondura profunda de tu alma, donde, en expresión sagrada, exhalas, en dulce respirar, un solo clamor: ¡Dios...! ¡Sólo Dios...!

Señora de la Encarnación...: ¡Sólo Dios...! Esposa del Amor Hermoso...: ¡Sólo Dios...!, en un vacío tan total de todo lo que no es Él y en una adhesión tan profunda al que Se Es, que toda Tú eres la Virgen: la Virgen Blanca repleta y saturada de divinidad; la Virgen poseída sólo

por el Excelso; la Virgen adherida a la Virginitad Eterna en el acto inmutable de su infinita santidad; la Virgen en el señorío majestuoso de la posesión del que Se Es.

El señorío de la Reina del Cielo está en el dominio de todo, en la libertad absoluta y en la posesión, llena en cada instante de su virginidad por el único Esposo, que, en plenitud, la satura, la ennoblece, la embellece y la engalana.

Es santa la Señora porque el Santificador divino la santifica al estar posado sobre Ella en dulces coloquios de amor, repletándola con todos sus dones y frutos, en una llenura de gracia tan desbordante, que sólo es conocida y gustada en lo recóndito profundo de su alma inmaculada.

Es Blanca la Virgen porque el esplendor de su virginidad es tan inimaginablemente resplandeciente, que los fulgores del sol del mediodía quedan eclipsados por la claridad inmaculada de su alma; la cual, subyugada y ennoblecida por la posesión de Dios que la circunda, la hace destellar en las claridades de la misma Divinidad, saturándola con aureolas centelleantes de gloriosa blancura.

El Espíritu Santo, con la agudeza de su infinita sabiduría y la ternura inédita de su sabrosa

dulzura, penetra agudamente, en candente beso de amor, las entrañas virginales del alma de Nuestra Señora. Y Ésta, siempre en espera, se siente divinizar con el toque sustancial del mismo Espíritu Santo, que, al besarla, la impregna de divinidad, la envuelve con su arrullo amoroso, la acaricia con su ternura infinita, la engalana con la plenitud de sus dones, haciéndola romper en frutos gozosos rebosantes de paz, como divinal Consorte, en el fuego de su amor.

El Esposo eterno quiere fecundizar a la Virgen en un misterio de tan profunda fecundidad, en aquel punto-punto donde su virginidad inmaculada vive con Dios solo en soledad sagrada de íntimos e impetuosos amores, que, al besarla, la estremece en su suavidad silenciosa y sonora tan maravillosamente, ¡tanto, tanto, tanto!, que en el “Beso de su Boca”, en “amores más suaves que el vino”, la fecundiza tan divinamente, que, en ese mismo instante, la Señora, la Virgen, la Reina, ya es Madre, cubierta por la sombra del Altísimo, bajo el amparo de la fortaleza del Padre e introducida en su seno, sostenida por la misma Divinidad, que “con su diestra la abraza y con su siniestra la sostiene” para que pueda resistir el ímpetu infinito del Amor.

Es el Espíritu Santo el que, impulsando al Verbo del seno del Padre al seno de Nuestra Señora, en el mismo instante y en un solo impulso, al besarla en beso de divinidad, la hace

romper en Maternidad Divina. Y, por eso, “lo que de Ella nacerá será Santo y será llamado Hijo de Dios”.

El misterio de la Encarnación, realizado por obra y gracia del Espíritu Santo, hace que la Virgen Blanca de la Encarnación sea toda Madre, con el poderío de la Realeza infinita y en el señorío que le da la posesión del que todo lo es, del que todo lo puede, y del que en Ella todo lo obra por el impulso infinito de su amor eterno.

Y en ese mismo instante velado en el cual la Virgen, siendo Virgen, se siente Madre, saturada con la sabiduría infinita del que la abrasa, penetra saboreablemente, en la claridad resplandeciente de la luz del Nuevo Día, en el misterio que se está realizando en Ella, envuelto y cubierto por la sombra del Omnipotente y realizado por el beso divino del Espíritu Santo. ¡Misterio inefable de la unión de la naturaleza divina y la naturaleza humana en la Persona del Verbo, que, tomando carne en el seno de Nuestra Señora, la hace ser Madre del Amor Hermoso, la Madre de la Misericordia Encarnada!

¡Maternidad Divina de María, que Ella conscientemente conoce en el momento que se realiza, y que, en el sí de todo su ser adorante, en respuesta total, queda sellada en el ocultamien-

to silencioso del *Sanctasanctorum* de su virginidad inmaculada...!

¡Virginidad fecunda que, rompiendo en maternidad por obra del Espíritu Santo, envolviendo el misterio que en la Señora se obra, le da la dignidad excelsa de poder llamar, en derecho de propiedad, al Hijo de Dios: Hijo mío...!

Y es suyo porque es el fruto del beso del Espíritu Santo en su alma de Virgen; beso tan pleno que, abarcando todo el plan de Dios sobre María, plasmó en su alma de Virgen-Madre tal inmensidad de matices, que en él iba encerrada también, apretada y agudamente introducida en el alma de Nuestra Señora, la universalidad de su Maternidad Divina.

La Virgen además de ser Madre del mismo Dios en derecho de propiedad, en la extensión de esta misma maternidad, es Madre de todos y cada uno de los hombres, los cuales, en conjunto e individualmente, son, en la hondura de su espíritu, fruto del beso infinitamente amoroso del Espíritu Santo en el mismo momento de la Encarnación.

Y María es la Madre del Cristo Total –Cabeza y miembros– por obra del Espíritu Santo, que, en la unión de su caridad, en la fuerza de su omnipotencia, hizo que el Hijo del Padre fuera el Hijo de María, y que, en el Hijo de María, todos y cada uno de nosotros pasáramos a ser hijos de Dios e hijos de la Virgen-Madre.

¡Maternidad universal de María...! ¡Madre de la Iglesia por la plenitud del Beso del Espíritu Santo que, en un romance de amor infinito, la hizo romper en Maternidad Divina!

Portento divino
del Poder eterno...;
sublime romance,
secreto misterio...;
abismal hondura
que encierro en mi pecho
y que yo conozco
porque, trascendiendo,
entré en aquel día
de inédito ensueño,
cuando Dios besara
con tanto silencio
a la Virgen-Madre
en su ocultamiento,
¡que el Padre sapiente
de poder excelso
le dio como Hijo
a su mismo Verbo,
Palabra cantora
del Padre, en su pecho!

¡Misterio de vida
ajeno a este suelo,
obrado por Dios
de un modo tan bello,

que Madre es la Virgen
por el beso eterno
del Esposo amante
que posó en su seno...!

Amador de amores,
yo hoy rompo en requiebros
y en ternuras tantas
por lo que comprendo,
que, translimitada,
una con el Verbo
y *así* con mis hijos
envuelta en tu pecho,
todos te decimos
con dulces acentos:
¡Virgen toda hermosa,
ardiente lucero,
“YO” te amamos tanto,
de un modo tan tierno,
que al llamarte Madre,
volamos al Cielo!

9-12-1962

ADVIENTO DE MARÍA

¡Adviento de María...! La Señora siente estremecerse en sus entrañas al Hijo de su virginal maternidad. Es el mismo Verbo de la Vida a quien Ella le está dando su carne y sangre, mediante las cuales se está formando ese cuerpo perfectísimo del Unigénito del Padre, Encarnado.

¡La Virgen, por obra del Espíritu Santo, se siente Madre y se sabe Virgen...!

¡Oh Adviento de María...! La Niña, hecha una por transformación con el Altísimo, le siente en sus entrañas..., le apercibe hondo en su seno... y experimenta que se acerca el momento de dar a luz a la Luz Encarnada.

Toda Ella, estremecida por el amor eterno del Espíritu Santo, vive hacia dentro en una intimidad ininterrumpida de amor, de adoración.

Hay una gran identidad entre su Hijo y la Virgen. El corazón de Jesús es carne del corazón

de María. Y Jesús vive del vivir de su Madre, respira por su respirar, recibiendo su vida humana de la vida que a Ella le diera cuando se la creó.

La Señora, internada hacia dentro, espera... Toda Ella es un grito de: “¡Ven, Jesús!”. Ven de mi seno a mis brazos; ¡ven!, que toda Yo, ejerciendo mi sacerdocio, necesito tenerte en mis manos para ofrecerte al Padre, viviendo mi *Per Ipsum, et cum Ipso, et in Ipso* para su gloria.

La Señora vive en intimidad con el Verbo del Padre y su Verbo. Sus amores están ocultos por un gran misterio. Ella se siente feliz con su Dios y su Hijo en su seno, en silencio sabroso de alegría incomprensible; vive para Él y Él para Ella. ¿Puede haber mayor felicidad para el alma de la Virgen, que es Madre, y de la Madre que, por Virgen, se sabe fecundizada por la misma Vida?

¡Oh fecundidad de María...! Misterio incomprensible de maternidad el de la Señora, misterio que se pierde en el silencio, y que Ella bien se lo sabe, se lo saborea y se lo vive.

¡Adviento de María...! La Señora sabe que el nacimiento de Jesús se aproxima. Y, aunque su vida hacia dentro la hace vivir en una gran intimidad de amor y comunicación con el Verbo Encarnado, experimenta una gran necesidad de darle a luz para que “la Luz brille en las tinieblas”.

María fue creada para ser Madre de Dios, siendo exenta del pecado original y teniendo en sí la plenitud de la gracia y de todos los dones del Espíritu Santo que como a Madre de Dios le correspondían, por la redención anticipada de su mismo Hijo a quien Ella le diera la vida humana.

María, desde el principio de su vida hasta el fin, poseía todos los dones y carismas, toda la ciencia que todos los santos juntos hayan podido tener. Ella, por la luz del Espíritu Santo, tuvo siempre conocimiento íntimo de la grandeza de su alma, sabiéndose exenta de pecado y llena de toda gracia; por lo cual, penetrando en la verdad las grandes maravillas que el Amor ha obrado en Ella, entona ese *Magnificat* en el cual nos manifiesta cómo toda su “alma engrandece al Señor”.

No es solamente que la Virgen rompiera en alabanzas al Infinito cuando cantó su *Magnificat* de acción de gracias, sino que este cántico fue también la manifestación externa de lo que Ella, iluminada por los dones del Espíritu Santo, penetraba de su alma respecto al plan de Dios para con Ella, y de lo que era su espíritu delante de la adorable Trinidad. Y así ve que toda su alma es una alabanza a la gloria de la Santidad eterna. Su “alma engrandece al Señor” porque toda Ella es una manifestación cantora, alegre, dichosa y santa de esa virginidad eterna del

Intocable, que, ante las grandezas que ha hecho en el alma de la Señora, es engrandecido y glorificado en Ella y por Ella.

La Virgen es toda un júbilo para el Amor eterno. Por eso, todo su ser, al saberse glorificadora de Dios, es “transportado de gozo en Dios su Salvador”, participando de esa bienaventuranza eterna que hace al alma que vive fuera de sí saborear los bienes prometidos a aquellos que en verdad son gloria de Dios.

“El espíritu” de la Señora “palpita de gozo en Dios su Salvador”, ya que, poniendo Éste sus ojos “en la pequeñez de su sierva”, hará que todas las generaciones la proclamen bienaventurada porque el Señor, el Omnipotente, hizo en Ella grandes cosas.

El *Magnificat* de María es todo él una alabanza del Infinito. La Virgen, vuelta completamente hacia el Creador, canta las excelencias del Eterno, al entonar las grandes maravillas que la Sabiduría Infinita ha obrado en Ella, haciendo resaltar que fue todo “porque miró la pequeñez de su sierva”.

María penetra en estas “grandes cosas” que el Infinito ha obrado en Ella, y ve que la Omnipotencia divina, derramándose sobre su ser, la ha encumbrado, ¡tanto, tanto, tanto!, que la ha hecho capaz de ser Madre del mismo Dios.

¡María...! La mente humana se pierde ante la consideración de tu misterio, ya que no hay gra-

cia que pueda compararse a tu maternidad, ni criatura que pueda alcanzar la grandeza incomprendible que el Amor Infinito obró en ti.

Toda mi alma te proclama dichosa, oh bienaventurada Virgen María. Todo mi ser “palpita de gozo en Dios mi Salvador”, “porque hizo en ti grandes cosas Aquel que es Todopoderoso”. Sintiéndome hija pequeña que te ama con todo su ser, mi espíritu se gloria en verte tan encumbrada, tan Madre, tan Virgen, tan Señora..., ¡tanto, tanto, tanto!, que eres la admiración de todos los bienaventurados, porque Tú y sólo Tú fuiste capaz de albergar en tu seno a Aquél, ante el cual, la corte celestial, anonadada, adora en un ¡Santo! eterno de trascendencia infinita.

María penetraba en su alma, sabía las complacencias de Dios sobre Ella; por lo cual, llena de gozo, era un *Magnificat* perenne a la Santidad infinita y al Amor eterno.

¡Oh...! La Señora era extraña a todos y a todo. ¿Qué sería para Ella que, iluminada por los dones del Espíritu Santo, penetraba las almas, a cada una en su verdad, el cuadro del género humano, del cual Ella se sentía Madre en derecho de propiedad, ya que había sido creada para correderlo mediante la redención de su mismo Hijo? ¿Qué necesidad la de su alma de dar a

todos sus hijos el Hijo divino que llevaba en su seno...!

La Señora conocía las Sagradas Escrituras y, penetrando su significado, esperaba ansiosa y enamorada a Aquél que era la Gloria de Israel y el Salvador de su pueblo. Ella sabía que el Emmanuel había de nacer de una virgen, y Ella se sabía esa Virgen y se sentía Madre. Por eso, ¡qué misterio es el Adviento de María!

Sabemos que, a los santos, cuando llegan a la unión con Dios, el Amor les va descubriendo los secretos recónditos del misterio divino. El misterio de la Trinidad se les hace familiar, penetran en la Encarnación, todas las cosas se les van descubriendo en su verdad, por lo cual ven, a veces, lo recóndito de las almas. Muchos de ellos están animados del espíritu de profecía, discernimiento de espíritus y otras gracias innumerables que el Espíritu infinito va concediendo a sus almas fieles. Y todos, en las altas cumbres de la perfección, se abrasan en amor a Dios y a los hombres, siendo el centro de su vida el glorificar a Dios y el darle a los demás.

Todos estos dones en plenitud, y otros innumerables que a ninguna criatura le fueron concedidos, los tiene María en grado casi infinito. Por eso conviene que contemplemos a la Señora como una creación aparte, hecha para ser Madre de Dios, corredentora con Cristo y Madre de toda la Iglesia, porque Ella, no sólo es

Madre de la Cabeza de la Iglesia, sino del Cristo Total, Cabeza y miembros.

¡No conocemos a María...! Por ello, nos la imaginamos en su vida caminando de sorpresa en sorpresa ante las realidades divinas que en Ella se obraban. Yo me ajusto, en todo, a lo que diga mi Santa Madre Iglesia, porque soy más Iglesia que alma; pero, como soy pequeña y necesito cantar las glorias de mi Madre, quiero entonar hoy este cántico a mi Virgen Inmaculada porque me lo exige el amor de hija pequeña que le tengo.

¡Adviento de María...! Madre, eres tan hermosa, tan Madre, tan corredentora, tan Jesús, que tu vivir era el palpitar del alma de tu Hijo. María, eres la más alta morada del Altísimo.

La Virgen sabe que es la esperanza de su pueblo, mediante la cual la Luz vendrá a las tinieblas para que brille en la noche.

María ama a Jesús con todo su ser, con toda su alma y con todas sus fuerzas.

María mora en Dios y Dios mora en María tan maravillosamente, que no sólo es templo vivo y morada del Altísimo en aquel mundo manchado por el pecado, no sólo es Ella la única aurora en aquellos tiempos de confusión y tinieblas, siendo su alma templo del Dios infinito y morada de la

Trinidad, sino que Dios mora en Ella, en su seno, siendo este misterio tan terrible, que la carne de Dios es su carne y su carne es carne para Dios.

¡Oh Madre, María, Señora...! ¡Qué alegría tan grande! Tú fuiste creada por la Trinidad para ser Madre del Dios Altísimo, del Dios Encarnado, viviendo de su vivir, y para captar los latidos íntimos de su alma en tu alma. De ti sí que se puede decir que no tienes más movimientos que los del alma de tu Cristo.

¡Qué deseos como infinitos te moverían hacia dentro, para estarte en intimidad con el Verbo Encarnado en tu seno...! ¡Cómo se estremecería todo tu ser ante el roce sensible del Hijo que en tu seno moraba...! ¡Cómo su latir te haría saltar de júbilo ante la Luz que Tú encerrabas en tu seno para, en día cercano, comunicarla a todas las almas como Madre de la Iglesia...!

Tú ansiabas también a cada una de las almas con todas tus fuerzas. ¡Qué sería para ti, que sabías la grandeza de cada una y el destino para el que fueron creadas, el verlas en pecado!; haciéndote vivir siempre esta vista como en un grito de: “¡Ven, Jesús!” de mi seno a mis manos, para salvación de todos y cada uno de los hombres.

Toda tu alma, que vivía del amor puro, que no sabía de egoísmos, que estaba creada para darnos a Dios, ardía en necesidad terrible de que

“saltara” tu Hijo de tu seno a tus manos para entregárnoslo en donación de amor, como muestra suprema de maternidad, a todos nosotros.

¡Adviento de María...! ¡Madre...! Tú tenías al Verbo de la Vida en tu seno para ti, para amarlo Tú y para amarte Él. Tú vivías feliz en aquella intimidad y comunicación con el Verbo infinito en tu entraña. Pero, participando de la voluntad divina, olvidada de ti, ardías en ansias terribles de que ese Verbo, que había “saltado” del seno del Padre a tu seno, “saltara” de tu seno a los hombres para entregárnoslo como Hostia que, ofrecida por ti al Padre, fuera nuestra salvación y santificación.

El Adviento de María era una necesidad insaciable de darnos al Infinito. La Virgen era una manifestación de Dios ansiando ardientemente mostrar al mundo aquel Hijo oculto en su seno.

María no vivía su secreto sólo para Ella; no vivía su alegría gozándola para sí. Ella se gozaba, sí, con su Hijo en su seno; le tenía, le adoraba, le amaba, ¡pero necesitaba ardientemente mostrarlo a la faz de todos los pueblos!, pues sabía que Ella era el medio del cual Dios se había valido para darnoslo.

Y, por lo tanto, conocedora de la voluntad divina, felicísima y dichosísima de morar en el

seno de Dios y de que Dios morara en su seno, se abrasaba en urgencias indecibles por darnos a su Verbo. ¡Necesitaba que su Verbo fuera nuestro! Y Ella, como buena Madre, pedía: ¡Ven, Jesús!; ven de mi seno a mis manos, para darte en comida y en bebida a todas las almas. ¡Ven Tú, Gloria de Israel, promesa y esperanza de mi pueblo, para que alumbres a todos los hombres con “el conocimiento de Yavé” llenándolos de ti “como llenan las aguas el mar”!

¡Adviento de María...! La Señora espera, en esperanza cierta como la muerte, el día en el cual su seno nos dará al Verbo de la Vida, y entonces, como Sacerdote, pueda, entre el cielo y la tierra, dar a Dios todo honor y gloria y dar a los hombres a Dios.

¡María! ¡María...!, ¡cómo quisiera expresar lo que mi alma de ti siente...! Todo mi ser experimenta ganas de llorar, porque no puede decir tu canción, porque no puede cantar tu grandeza, porque la inmensa mayoría de las almas no te conocen ni te aman en la verdad. Se cantan tus amores, tus grandezas, pero ¿se penetra cálida e íntimamente en ese misterio de tu alma santísima...?

¡Oh Adviento de María...!, en el cual, a pesar de tener la Señora al Verbo de la Vida Encarnado en su seno, siendo para Ella “racimito de mirra”, necesitaba, por exigencia de amor puro y universal, dejar esos amores en la intimidad

de su seno y, olvidada de sí, dárnoslo de su seno para nuestra salvación. ¡Vivir de María desconocido...!

Jesús ardía en ansias infinitas de dárse nos: “Con un bautismo de sangre tengo que ser bautizado, y cómo traigo en prensa mi corazón mientras no lo vea cumplido”. Y María, viviendo del vivir de Cristo y participando de sus mismos sentimientos, como Corredentora del género humano, ansiosa de dar a Dios lo más, también clamaba en un desgarramiento generoso de amor y donación total: Hijo mío, con un bautismo de sangre tienes que ser bautizado, y ¡cómo traigo en prensa mi corazón hasta que no lo vea cumplido...! Tu vivir es mi vivir, y tus sentimientos los míos, de tal manera que Yo también estoy en prensa, en necesidad terrible de verte colgado entre el cielo y la tierra en crucifixión ignominiosa, para que se obre el gran misterio de la Redención, para que seas ofrecido al Padre como Víctima de expiación y glorificación máxima a su Santidad infinita. Hijo, toda mi alma, desgarrada y destrozada de dolor, encendida de amor a ti, te abraza, te adora, se te entrega para tu descanso, te ofrece calor de hogar.

Alma querida, vive del vivir de María, procura en este Adviento entrar dentro de ti para vivir del misterio de Dios en tu alma.

Hijo mío, ¡hacia dentro! Pero no para quedarte en ti, no; tú has de vivir hacia dentro para hacerte conforme a ese misterio que se obra en tu alma, para que se haga en ti como una encarnación del Verbo, y sea tu adviento, como el de María, necesidad ardiente de dar a Dios a las almas.

Que en Navidad hayas vivido tan profundamente este Adviento, que puedas hacer “saltar” al mismo Dios de tu alma a los hombres.

21-7-1982

UNA VIRGEN COMO UN ÁNGEL...

Mi modelo era una niña, como un ángel.
¡Aún recuerdo aquel encuentro
en que Dios quiso enseñarme
cómo tenía que hacerlo!

¡Una niña...! ¿Era la Virgen...?
¿Quién podría, si no, serlo?
¡Era tan pura...!, ¡tan blanca...!,
¡tan virginal...!, que no acierto
a expresar en mis maneras
lo que mi alma aprendiera
aquel día en un momento.

¡Qué nostalgia hay en mi vida...!
¡Con qué ilusión lo recuerdo,
cual beso del Infinito
que se imprimiera en mi pecho...!

Y, a pesar de que han pasado
tantos años, tanto tiempo,
Dios me la grabó en mi hondura,
para que fuera mi ejemplo.

De mi alma enamorada
¡ése era su modelo!
Una niña jovencita,
como un ángel de los Cielos,
que cruzaba entre los hombres,
brillante como un lucero,
como una rosa encendida
caída del firmamento;
tan sencilla como Dios
cuando se da en alimento.

Hoy yo quiero que los míos
conozcan mi pensamiento
sobre su modo de obrar
al consagrarse al Eterno,
imitando a aquella Niña
que me mostrara el Dios bueno:

¡Como una azucena blanca
que cayera en este suelo,
llena de rica fragancia,
dulce jardín del Inmenso,
silenciosa, recogida,
viviendo siempre hacia dentro,
siendo sólo del Esposo,
su delicia y su recreo...!

¡Qué recuerdo hay en mi vida...!
Ya siempre presente tengo
aquel día luminoso
que Dios me mostró el modelo

de una virgen consagrada,
para que yo la imitara
mientras viviera en el tiempo.

¡Qué modelo hay en mi alma...!
A descifrarlo no acierto.

16-1-1973

MI MODELO

¡Un modelo incomparable...!
yo lo vi;
y en destellos de pureza
contemplé,
con un porte tan sencillo,
que robó
mi mirada subyugada
en su pudor.

Era Ella, la Señora,
en sencillez,
que, cual Niña delicada,
me mostró
el modelo que, en su porte,
descubrí.

Era Virgen y era Niña enamorada,
que mostraba, en su pureza
rebotante de esplendor,
el rubor de una doncella
cautivada
por la brisa cariñosa
del Amor.

Era Ella, fue María
sin dudar,
que me dijo, en el modelo de su porte,
sencillez.

Desde entonces fui buscando
el imitar,
a lo largo de mis días,
su candor,
que robó, cuando era niña,
mi atención,
al saber que era el modelo
que debía imitar yo.

Era Niña, era Virgen,
más sencilla que una flor.
Y ese era mi modelo,
no lo dudo;

el Señor me lo mostró,
cuando los años primeros
de mi don.

MARÍA EN LOS PLANES DE DIOS

(Del libro "Frutos de oración")

Madre de Dios

667. La grandeza de María le viene de su Maternidad Divina; y, al ser Madre de Cristo, que es la Cabeza del Cuerpo Místico, lo es también de todos y cada uno de sus miembros.
(18-4-69)

668. Si la Virgen, por ser Madre de Cristo y en Él de todos los hombres, no hubiera cooperado a la realización de la voluntad divina, el plan eterno sobre la Iglesia y el mundo no hubiera sido cumplido según el deseo de complacencia de Dios. (14-11-59)

669. Nuestra Señora fue creada e introducida en el plan divino para ser Madre de Jesús y estar junto a Él; por eso Dios le concedió un conocimiento tan grande de su propio Hijo, que se adhirió a Él en unión tan una, que su voluntad quedó robada por el Infinito. (9-1-65)

670. En la medida que el Verbo se da a la Virgen se le da el Padre y el Espíritu Santo, cada uno en su modo personal, para la realización del plan divino. (7-12-74)

671. En el cielo todos los coros angélicos, atónitos, adoran silentes, rostro en tierra... El Padre, impulsado por el amor del Espíritu Santo, en el Verbo, crea... María es concebida sin pecado original... ¡La Virgen sólo es de Dios!
(8 - 12 - 59)

672. La Señora llega a aquel grado de divinización que, en la mente divina, estaba determinado para obrarse el gran Misterio... Adorante, hacia dentro, espera; el Amor impulsa, y el Padre, sin sacarlo de su seno divino, lanza al Verbo en el seno de la Virgen. Dios ya es hombre para que el hombre se haga Dios... ¡Oh misterio de silencio indecible...! (15 - 12 - 62)

673. ¡Silencio...!, ¡adoración...!, que el Padre está deletreando en el seno de María su divina Palabra con tal eficacia, que, por la acción del Espíritu Santo, la Virgen es Madre. (25 -3 - 61)

674. Madre, tanto, tanto te metiste en Dios, que, en un descuido amoroso de Éste, robaste su Verbo, lo trajiste a la tierra y se lo regalaste a la Iglesia. (25 - 3 - 61)

29. María, en oración, clama por el Mesías; Dios, complacido, escucha; el Padre envía; el Amor impulsa; el Verbo de la vida se encarna... ¡La Virgen ya es Madre! (8 - 12 - 59)

675. La Encarnación es el beso de Dios en el seno de María, mediante el cual “el Verbo se hizo carne”. (27 - 3 - 62)

568. La Encarnación es el romance de amor de Dios al hombre que se escribió en las entrañas de María. (12-9-63)

30. Cuando se hizo el encuentro de Jesús y María en la Encarnación, la Señora, al sentirse Madre de Dios, anonadada bajo el peso del Amor Infinito que tan maravillosamente obraba y moraba en Ella, sólo pudo exclamar en adoración: ¡Dios mío...! ¡Hijo mío...! (19 - 11 - 62)

31. María, la criatura adorante, escucha atónita que Dios la llama: ¡Madre! Y Ella, silenciada en su misterio, le responde: ¡Hijo...! (27-4 - 62)

676. Sólo la Señora por un milagro del Amor Infinito, fue capaz de ser Virgen y, sin dejar de serlo, Esposa del Espíritu Santo; y, como fruto de su virginidad, Madre. (24 -12 - 76)

677. ¿Hay algo en la tierra más grande que el amor, más resplandeciente que la virginidad,

más hermoso que la maternidad...? En María se da todo a un mismo tiempo en el grado máximo de perfección, teniéndolo, manteniéndolo, y siendo la contención de esta triple realidad la que le hace ser la Virgen Esposa del Espíritu Santo que, por el beso de su Consorte infinito, rompe en Maternidad Divina. (24 -12 -76)

33. En la medida que Dios toma a María para sí, cada una de las divinas Personas lo realiza en su modo personal: el Padre la llama Hija mía; el Verbo, Madre mía, y el Espíritu Santo, Esposa mía muy amada... ¡Misterio entre Dios y la Señora toda Virgen, toda Madre, toda Reina, toda Blanca...! Madre mía, ¡cuánto te amo!
(7-12 -74)

678. ¡Cuánto gozó María por el derramamiento de Dios sobre Ella, que hizo posible que lo fuera todo sin nada perder! Siendo poseída, besada y fecundizada sólo por el Amor Infinito que, haciéndola romper en Maternidad Divina, le da derecho de llamar al Hijo de Dios, Hijo de sus entrañas virginales. (24 -12 -76)

679. ¡Sublime maternidad la de la Virgen, que la hace tener en su seno al Verbo de la vida encarnado, pudiendo alimentar al Hijo de Dios, llenarlo de besos y estrecharlo contra su corazón! (24 -12 -76)

680. Madre, eres como la blanca Hostia, que envuelves y ocultas al Verbo de la vida hecho hombre por amor. Adoremos el misterio de tu seno, donde Dios te llama: “Madre mía”, para que Tú le respondas: “Hijo mío”... ¡Qué dulce realidad! (7-12 -74)

681. ¿Quieres conocer y recibir a Cristo? Vete a María, pues a través de su Maternidad Divina Dios se dijo en Palabra amorosa a los hombres. (17-12 -76)

682. ¡Oh Maternidad Divina de la Mujer, que hizo de la tierra el Paraíso de Dios, el Pueblo glorioso del Altísimo! ¡Oh Maternidad de María por la cual la Iglesia quedó hecha madre de todos los hombres, y por la cual, toda virginidad consagrada se fecundizó tanto, que da a luz a Cristo en las almas! (28 -4 -69)

Nuestra Señora del silencio

683. María recibe a Dios en silencio, lo guarda en silencio, y lo comunica en silencio. (2 -2 -71)

684. ¡Qué amor tan sublime y hermoso encerraba la Señora en su pecho, oculto, envuelto y sellado por el silencio del misterio del Ser! Pero Ella, ¡qué bien se lo sabía en sapiental sabiduría de virginal amor! (25 -3 -62)

685. No hay secreto como el de María, porque en Ella se encierra el gran misterio de la Encarnación. (2-2-71)

686. La Virgen guarda en el silencio el secreto de su Maternidad Divina, porque el silencio es el que guarda el secreto de los grandes misterios. (2-2-71)

687. ¡Qué secreto en el alma de la Señora, que, siendo Virgen, se siente Madre! (27-4-62)

688. Señora, Tú lo guardabas todo en tu profundo misterio y, ahondada en el abismo del Infinito, vivías en una adoración perenne del Dios que, Encarnado, se ocultaba en tu seno; así viviste tu Adviento. (30-4-62)

689. ¡Qué gozo en tu alma, María, que, abismada en Dios, contemplas silente cómo Él engendra, en tu seno, su eterna Palabra de amor, para, por tu medio, dársela a la Iglesia! (15-12-59)

690. José quiere adivinar en el silencio de María el misterio que él sospecha; pero la Señora espera la hora de Dios en el heroísmo de su silencio. (28-4-62)

Madre de la Iglesia

691. Quiso el Amor dar una Madre a su Iglesia Santa, y para dársela según su corazón anhelaba, primero se la hizo para Él a fin de poderse-la entregar luego a la Iglesia. (14-11-59)

692. La Virgen es el medio por el cual el Padre dice su Palabra a la Iglesia, el Espíritu Santo se la entrega, y el Verbo puede morir crucificado por ella. (14-11-59)

693. María es la Madre de la Iglesia, porque le da la Palabra de la vida, siendo a Ella a quien le fue dicha por el Padre para que, con corazón de madre, se la diera a la Iglesia mía. Palabra que yo tengo que recoger en mi alma para vivir mi ser de Iglesia y cantar, desde su seno, mi canción. (21-3-59)

694. El seno de María es ánfora preciosa repleta de divinidad, capaz de vitalizar a todos los hombres en plenitud. (28-4-69)

695. Nuestra Señora, desde la Encarnación, al ser Madre de Jesús, es Madre de todos los hombres, siendo su misión darnos la vida divina cogiéndola de la Cabeza y distribuyéndola por todos los miembros. Por ello, Madre de la Iglesia. (4-12-64)

696. María tiene en sí toda la vida de la Iglesia en su fuente, porque es la Madre del Cristo Total. (29-9-63)

697. Cristo tiene en sí al Padre y al Espíritu Santo y, como miembros de su Cuerpo Místico, a todos los hombres; esta reunión de Dios con el hombre es verificada en el seno de la Virgen; por eso, es la Madre de todos los hijos de Dios, los cuales, en Ella, reciben su injercción en Cristo y la donación de la vida divina. (19-9-66)

698. Cuando la Virgen da su carne al Verbo, en el momento mismo de la Encarnación me está incorporando a su Hijo, me está injertando en Él, y me está dando a luz a la vida divina. Por lo tanto, me está engendrando para Dios; por eso, Madre de la Iglesia y mi Madre. Y, en la medida que yo les doy la vida divina a las almas, las engendro para Dios. (30-4-67)

699. María es la Mujer, y en su vientre es engendrada la Iglesia, porque en Ella el Verbo del Padre se hace hombre, y el hombre queda unido con Dios por su injercción en Cristo. (28-4-69)

700. Imaginemos a un lado a la Trinidad viviendo su vida; a otro lado a la humanidad; en medio a María. Una de las tres divinas Personas –el Verbo–, se viene al seno de la Virgen y se

une a una humanidad, trayendo consigo al Padre y al Espíritu Santo. Esta humanidad injerta en sí, misteriosamente, a todos los hombres. Y, así, en la Madre de Dios, comienza la realización del gran misterio de la Iglesia. (12-1-67)

701. El parto de la Virgen es tan fecundo, que da a luz a toda la Iglesia, Cabeza y miembros, porque su función es divinizar a todos los hombres con el Hijo infinito que tiene en su seno. (28-4-69)

702. Como el sacerdocio de Cristo, desde el momento de la Encarnación, fue recopilador de todos los tiempos, donador de vida para todos los hombres y perpetuado durante todos los siglos, así la maternidad de María, desde el momento de la Encarnación, en la plenitud de este misterio, encierra, por la injercción de todos los hombres en Cristo, la posibilidad abarcadora de contener, bajo el influjo de su maternidad, a todos los tiempos con todos los hombres en cada uno de los momentos de sus vidas. (25-10-74)

703. Por la Iglesia y a través de la Liturgia, se nos hace visible, captable y, aún más, presente y real, el misterio de la vida, muerte y resurrección de Cristo, en el compendio apretado y comunicado de la maternidad de María; por lo que la irradiación de esta maternidad se nos da y perpetúa en el seno de la Iglesia y, a través de la

Liturgia, por la contención pletórica del misterio de la Encarnación. (25 -10 -74)

704. En Belén, en el Calvario y en su gloriosa Asunción al cielo, se manifiesta la grandeza de Nuestra Señora, que le viene por el misterio de la Encarnación en la plenitud del sacerdocio de Cristo. (25 -10 -74)

705. La brillantez de la grandeza de María hace resplandecer el verdadero rostro de la Iglesia; por lo tanto, a Ella ha de ir aquel que quiera llenarse de la sabiduría divina, en el ánfora preciosa donde la misma Sabiduría se encarnó, para manifestarse, en resplandores de santidad, por la rompiente infinita de su explicativa Palabra. (25-10-74)

706. ¡Cuánto amor hemos de tener a la Virgen...! Por Ella tienen que romper en el seno de la Iglesia los soles del Espíritu Santo, para disipar las densas nieblas que envuelven a la Nueva Jerusalén. La Virgen es la que nos dio y nos da a Jesús, y, por Él y con Él, al Padre y al Espíritu Santo, el cual es luz de infinitos resplandores que, por la Señora, quiere irrumpir en el seno de la Iglesia con los fulgores de su infinita sabiduría amorosa. (16-6-75)

707. María es la Reina de los Apóstoles, porque el más apóstol es el que más tiene la Palabra in-

finita, y nadie tiene la Palabra que sale del seno del Padre, abrasada en el amor del Espíritu Santo, como María; por eso, la Madre de la Iglesia, es la Reina de los Apóstoles. (21-3-59)

708. ¡Qué amor tan inmenso tengo a la Virgen...! Ante su recuerdo, siento ansias terribles de llorar, en agradecimiento, ternura y amor. ¡Cómo me gusta llamarla: ¡Madre! una y mil veces! (8-8-70)

709. La medida de la maternidad está en la donación de la vida. Y María, que me da al mismo Infinito, ¿qué clase de Madre es...!? (24-12-63)

710. ¡Señora, estás envuelta con la blancura infinita de la Virginitad eterna y engolfada en sus impetuosas llamas que te inclinan sobre los pequeños con gesto de Madre acariciadora! (27-3-62)

711. ¡Qué a gusto se descansa en la Virgen...! Ella es Madre de los desamparados, de los que sufren; pues, siendo la Madre del Amor Hermoso, es donadora de amor con ternura maternal. (16-6-75)

712. Señora, irrumpe ya con los soles que te envuelven, desde la Iglesia al mundo, y sé nuestra salvación, ¡que perecemos...! ¡No nos

desampares...! “Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos” y ¡muéstranos a Jesús!
(16 - 6 - 75)

Nuestra Señora del Espíritu Santo

720. Me siento derretir de amor a la Virgen, al llamarla Nuestra Señora del Espíritu Santo; pues veo que todo cuanto en Ella se realiza, es por el Beso amoroso, en arrullo secreto y silente, del Espíritu Santo en paso sagrado de Esposo.
(19 - 12 - 74)

721. ¡Qué idilio más sagrado el del alma de la Virgen, en dulces y tiernos coloquios de amor, guardados, venerados y custodiados, en lo más profundo, secreto y silente de su corazón...!
(24 - 12 - 76)

722. En Nuestra Señora se da un romance de amor tan hermoso, que su Consorte es el mismo Espíritu Santo, el cual, al besarla con el beso de su boca, hace romper a la Virgen en Maternidad Divina. (24 - 12 - 76)

723. Nuestra Señora fue la más amada, la más Virgen y la más Madre. (24 - 12 - 76)

724. María, Esposa del Espíritu Santo, ¡qué hermosa eres en la delicadeza de tu virginidad ma-

ternal! ¡Porque fuiste Virgen, Madre; y porque fuiste Madre de Dios, Virgen en el arrullo dulce del amor infinito del Espíritu Santo...!
(22 - 12 - 74)

725. A mayor virginidad, más grande fecundidad sobrenatural; por eso, ¡qué virginidad sería la de María, cuando el fruto de ésta es el mismo Verbo Encarnado y, por Él, todas las almas!
(15 - 12 - 62)

726. Espíritu Santo, yo quiero amar a María con el amor que a ti por Ella te abraza... El Padre y el Hijo también en ti descansan al amarla; yo sólo así puedo descansar: amándola en tu ternura, cariño y delicadeza. (19 - 12 - 74)

15-10-1972

MARÍA CRUZÓ EL ABISMO

“Assumpta est Maria” que sube a los Cielos, triunfante y gloriosa, con paso seguro y majestuoso. Es blanca su alma, sin nada que la impida volar hacia las Mansiones del Reino de Dios.

La Virgen no tenía ninguna tendencia, ni apatencia, ni torcedura, ni inclinación que la atrajera hacia la tierra. María vivió como asunta durante todo su peregrinar, concluyendo su ascensión en el abrazo del encuentro del Infinito.

La Virgen pasó por la vida con la agilidad de un rayo, sin posarse por el fango de la tierra, sin empolvar siquiera su alma inmaculada, sin sentir en sí las concupiscencias que han sido consecuencia de la rotura del plan de Dios.

Por lo que, al llegar a las fronteras de la Eternidad, su cuerpo, unido a su alma en unión perfecta de abrazo indescriptible, y sin más inclinación que la de ésta totalmente tomada, poseída y saturada por Dios, fue llevado por ella a

la Eternidad aquel día glorioso para la Señora del término de su peregrinación. Su alma atrajo, levantándolo consigo, al cuerpo, y le hizo atravesar el Abismo insondable que el pecado había abierto entre Dios y el hombre, sin sentir ni el más ligero impedimento.

Era tan suave la Asunción de la Virgen, tan segura, tan como divina, que las consecuencias del pecado que nos proporcionó la muerte no fueron experimentadas por Ella en ese momento glorioso.

No tenía nada que dejar la Señora toda Blanca de la Encarnación; no había ninguna cosa que la inclinara a la tierra; no había, ni en su cuerpo ni en su alma, más apetencia que una continua y amorosa ascensión hacia la Luz.

Dios creó al hombre para que le poseyera, le puso en el camino de la vida para ascenderlo hacia Él el día en que terminara la peregrinación del destierro, donde gozaría eternamente de su posesión.

El hombre se separa del plan divino y abre una zanja tan profunda como la muerte que le separa para siempre del Infinito Bien. Pero, por el misterio de la Encarnación, por nuestra injerencia en Cristo y nuestra adhesión a Él, Dios nos dio alas grandes de águila, con las cuales nues-

tra alma pudiera franquear el abismo insondable que el pecado abrió entre el Creador y la criatura.

Y el plan primitivo de Dios de llevarse hacia sí al hombre en cuerpo y alma al término de su peregrinar, se realiza en María tan perfectamente, que es llevada a la Eternidad en cuerpo y alma para recibir el premio que su Maternidad Divina merecía ante la voluntad de Dios cumplida sobre Ella en todos y cada uno de los momentos de su vida.

El alma de María, siempre con sus alas extendidas, es la expresión perfecta del cumplimiento de la voluntad de Dios sobre los hombres; por lo cual, al terminar el destierro, se lleva consigo a su cuerpo, sin tener que experimentar la carga que éste supone para la totalidad del género humano.

El cuerpo de María estaba, podíamos decir, tan divinizado en todas sus tendencias, sus apetencias, sus sensaciones, sus inclinaciones, ¡tanto!, que era todo alas, ¡y alas grandes de águila imperial!, preparadas con la fortaleza de Dios para pasar airoso de la tierra al Cielo.

¡Qué impresionante es contemplar a María siendo llevada a la Eternidad...!

¡Qué maravilloso verla ascender silenciosa y amorosamente en una Asunción de suavidad, de agilidad, de levantamiento y de gloria...!

¡Qué momento tan inolvidable...! ¡Qué misterioso, qué secreto y qué sublime...!

¡Asciende María...! Ascende entre las claridades del Sol eterno, bajo el amparo y el cariño del Espíritu Santo, protegida por el abrazo del Padre, e impulsada y atraída hacia el Cielo por la voz del Verbo...

¿Cómo podrá el pensamiento del hombre, torcido y entenebrecido por sus propios pecados, comprender el misterio de María en todos y en cada uno de los pasos de su vida...?! ¿Cómo podrá la mente, ofuscada por la soberbia, descubrir, penetrar e intuir en el lago tranquilo, poseído por la Divinidad, del alma de Nuestra Señora toda Blanca de la Encarnación...?!

A María, como a todos los misterios de Dios, hay que estudiarla a la luz del Espíritu Santo, bajo sus dones e impregnados en sus frutos.

¿Y cómo el hombre que nunca supo de Espíritu Santo podrá poseer su luz, sabrá pensar con sus dones y gozará de sus frutos?!

¡Oh desvarío de la mente humana! que, porque no discurre bajo la luz de Dios y no tiene los modos sobrenaturales para ver, humaniza y desvirtúa, desobrenaturalizando, todo lo divino al quererlo descubrir con su torcido pensamiento...

María subió al Cielo en cuerpo y alma porque en Ella se daban los dones necesarios para

llenar plenamente todos y cada uno de los planes de Dios en su primitiva voluntad antes del pecado original; y era también una asimilación perfecta del plan de la redención, que, como consecuencia del pecado, el Amor Infinito realizó para el hombre.

Cristo con su muerte y resurrección enterró el pecado y nos resucitó a una vida nueva.

María es la Nueva Mujer que, asimilando los frutos de la redención y no teniendo que sufrir las consecuencias de sus propios pecados, es capaz de ser la manifestación del pensamiento acabado de Dios en Ella, que la hace remontarse por encima de las consecuencias del pecado y subir al Cielo con el fruto de toda la redención de Cristo sobre Ella...

¡Qué ascensión la de la Virgen Blanca! Es *assumpta* María porque es fuente repleta de divinidad, manantial saturado de vida infinita y cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios desde el principio de los tiempos hasta el final.

María contiene en sí la doble gracia de ser concebida sin pecado original, por los méritos anticipados de la redención de Cristo, y de recibir esa misma redención como regalo de maternidad en tal asimilación, que es capaz de dar a Dios en ella, por ella y a través de ella, la posibilidad de saturar a todos los hombres de divinidad.

¿Qué haría, por lo tanto, el cuerpo de la Virgen entre los hombres sufriendo las consecuencias del pecado? ¡Del pecado que Cristo había redimido, por lo cual, y mediante la misma redención, había hecho resurgir un hombre glorioso!

María subió al Cielo en cuerpo y alma porque fue creada sin pecado original y porque la redención de Cristo la hizo la Mujer Nueva, mediante la cual, por la Encarnación del Verbo, todos somos levantados hacia la Eternidad, así como por Eva todos fuimos arrastrados al pecado. Por Eva se abrió el abismo entre Dios y los hombres; y es por la nueva Eva, prometida ya en el Paraíso terrenal, por la que a todos los que nos queremos adherir al Hombre Nuevo y a la Nueva Mujer nos serán dadas alas inmensas de águila para, tras Ella, por nuestra injerencia en Cristo, pasar las fronteras de la Eternidad.

¡Misterio de profundidad secreta es la presentación de la vida de María ante los hombres...! ¡Misterio solamente conocido por el amor, manifestado a los pequeños y vivido por los sencillos bajo la luz, los dones y los frutos del Espíritu Santo, el cual envuelve a la Señora bajo su amparo, la cubre bajo sus alas y la abrasa en su fuego para que los ojos del hombre carnal no la profanen al intentar descubrir su riqueza...!

María fue llevada a la Eternidad en cuerpo y

alma, con la rapidez de un rayo, porque toda Ella tenía unas grandes alas de águila imperial que la ascendían constantemente hacia las Mansiones eternas e infinitas del gozo de Dios.

Penetrada de la luz del Excelso, yo he contemplado a María ascendiendo en el impulso del Amor Infinito, en el abrazo de ese mismo Amor, en la suavidad de su caricia, en el ímpetu de su arrullo, mecida y envuelta por el ocultamiento velado del *Sanctasanctorum* de la infinita Trinidad...

Subía María a los Cielos... ¡subía...! ¡Y qué Asunción...! Sólo la adoración, el silencio, el respeto y el amor, fueron el modo sencillo, desbordante y aplastante, con que mi alma, sobrepasada, supo responder, en mi pobreza, a aquel espectáculo esplendoroso de la Asunción a los Cielos de Nuestra Señora toda Blanca de la Encarnación.

25-5-1974

APARECE LA SEÑORA

Cuando acosan los problemas de la vida,
aparece refulgente, en mi mente, la Señora,
como luz en mi camino,
como antorcha en una noche aterradora.

Y mi ansia busca en Ella
las conquistas de las glorias del Inmenso,
pues es Madre acogedora,
que protege con la fuerza poderosa del Eterno.

Confianza son mis preces,
y en sus celos palpitantes de caricias maternas
voy dejando cuanto tengo,
y descanso descansada con los frutos de su pecho.

Es Señora con inmenso poderío,
que, cual Madre redentora, siendo Virgen,
arrebata los amores del Dios vivo.

Mi conquista está en los brazos de María,
porque Ella me cobija, cuando imploro
en petición de silencio clamoroso.

Hoy mi alma está afligida
por la herida palpitante de la Iglesia;
y he mirado a la Señora,
que me ha dicho con nobleza:

No te aflijan los proyectos que caducan
con los hombres de este suelo,
tu recurso está en la Altura;
con los pliegues de mi manto yo lo envuelvo.

Soy la Madre que consigo en virginal poderío
cuanto quiero del Dios vivo,
pues Señora Él me hizo de los Cielos,
en su infinito designio.

Confía, no titubees,
tus cosas yo las consigo.